

MARGARITA DÍAZ-ANDREU; MARTA PORTILLO (Coords.) (2021). *Arqueología e interdisciplinariedad. La microhistoria de una revolución en la arqueología española (1970-2020)*. Barcelona: Universitat de Barcelona Edicions, 407 p. ISBN: 978-84-9168-386-5

La historia de la arqueología ha experimentado un importante progreso en las últimas décadas. Sin embargo, el papel que ha tenido la interdisciplinariedad en el desarrollo de esta ciencia no ha sido un tema tratado por los especialistas de forma sistemática, y menos aún en el caso concreto de la arqueología española. Esta obra coral, coordinada por Margarita Díaz-Andreu y Marta Portillo, rompe con esta carencia historiográfica al abordar este problema de forma audaz. De entre las muchas formas en las que se podría haber tratado esta materia han optado por una de las más originales y, quizás, complejas: la microhistoria. Así, han trazado a través de un conjunto de relatos autobiográficos las carreras personales de diferentes generaciones de investigadores que se han especializado en subdisciplinas como la traceología, la arqueometalurgia, la geoarqueología, la antracología, la arqueopalinología, la malacología, la avifauna o la arqueobiología humana, entre otras. Ahora bien, esta obra no se limita a mostrar un relato fragmentado a partir de diferentes experiencias personales, sino que es capaz de articular un texto coherente y bien engranado sobre una realidad que ha marcado el devenir de la arqueología española en el último medio siglo.

El libro se estructura en siete partes y cuarenta y nueve capítulos. No obstante, un análisis de mayor alcance permite diferenciar en el texto tres bloques orgánicos principales. Un primer bloque, que incluye la introducción, en donde se aborda la definición de conceptos esenciales como los de multidisciplinariedad, interdisciplinariedad y transdisciplinariedad, para pasar, acto seguido, a justificar la elección de la microhistoria y la autobiografía como las estrategias narrativas elegidas para contarnos la historia de la interdisciplinariedad en la arqueología española durante los últimos cincuenta años. En el segundo bloque, se disponen las vivencias biográficas de los distintos autores

ordenadas en diferentes partes que se dedican a la arqueobotánica (Partes I y II), arqueozoología (Parte III), isótopos estables, biomarcadores y antropología física (Parte IV), geoarqueología y computación (Parte V), arqueometría, traceología, petrografía y metalurgia (Parte VI). Por último, en un tercer bloque (Parte VII), las coordinadoras de esta obra han hecho un interesante ensayo de mutación de los relatos autobiográficos de los autores en una macrohistoria de la interdisciplinariedad en la arqueología española.

A partir de esta estructura la obra nos adentra en una narración de realidades complejas dentro de las cuales hay que destacar algunos puntos de especial relevancia. En primer lugar, la noción de interdisciplinariedad se acota recurriendo a la definición dada por Julie T. Klein en *The Oxford Handbook of Interdisciplinarity* (2017). Este concepto se entiende como la unión de varias disciplinas que aportan sus perspectivas en la investigación de un tema, implicando la colaboración y el trabajo en equipo de diferentes especialistas. Así, la arqueología ha tomado ideas y métodos de otras disciplinas que han podido dar lugar a «híbridos» que se han institucionalizado como subdisciplinas de estudio tales como la arqueozoología, la arqueometalurgia, etc. Independientemente de que se pueda estar de acuerdo o no con esta delimitación del concepto de interdisciplinariedad, separándolo de otros como los de multidisciplinariedad —implicando ésta visiones disciplinares diferentes, pero sin colaboración entre los investigadores— y transdisciplinariedad —entendida como una búsqueda de unidad general de las ciencias—, este esfuerzo de clarificación se hace imprescindible para entender el desarrollo del libro y no perderse en una «torre de Babel» terminológica.

En segundo lugar, las autobiografías de cuarenta y siete especialistas, entendidas como una forma de microhistoria, trascienden lo anecdótico y nos trasladan a una realidad histórica más amplia. Al haberse elegido a investigadoras e investigadores de diferentes generaciones se han evidenciado distintas fases de la historia de la arqueología española donde las realidades vividas por los protagonistas (planes de estudios, contextos teóricos, disponibilidad de financiación, estancias en el extranjero, oferta de puestos académicos, conciliación familiar, etc.) son diversas y cambiantes. Todos y cada uno de estos relatos individuales llenan de vida una historia de la arqueología que muchas veces ha pecado de ser excesivamente fría y abstracta.

En tercer lugar, la séptima parte del libro, integrada en su totalidad por el capítulo 49, titulado «Construyendo una arqueología interdisciplinar en España: una macrohistoria centenaria», resulta de un enorme interés. Margarita Díaz-Andreu y Marta Portillo se enfrentan a la tarea de trazar el discurrir de la interdisciplinariedad en la arqueología española, ampliando el foco de análisis desde la microhistoria a la macrohistoria. Para ello recurren al sistema clásico de diferenciar una serie de etapas sucesivas definidas por unos rasgos característicos: «Los orígenes (1850-1920)», «El caldo de cultivo: las décadas anteriores y posteriores a la guerra civil (1920-1960)», «De los revolucionarios años sesenta hasta la muerte de Franco: los pioneros», «La Transición: hacia un nuevo modelo de arqueología (1975-1980)», «Los años ochenta: etapa de expansión», «Los años 90» y «Desde el cambio

de siglo». En este recorrido por fases, las autoras observan un progresivo crecimiento del enfoque interdisciplinar en la arqueología española en el marco de un contexto nacional e internacional cambiante. Desde las tímidas colaboraciones de diferentes arqueólogos con otros especialistas (biólogos, médicos o botánicos) en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, llegamos a los años de la dictadura franquista donde investigadores españoles, como Julio Martínez Santa-Olalla, Martín Almagro Basch o Luís Pericot, intentaron con distintas iniciativas, inspiradas en modelos extranjeros, introducir en la práctica arqueológica el uso de lo que entonces se llamaron las «ciencias auxiliares». A pesar de sus esfuerzos, no consiguieron consolidar en nuestro país estos métodos, en buena medida por falta de recursos humanos y económicos. Las autoras señalan un cambio significativo en los años sesenta del siglo XX, marcado esencialmente por la introducción de nuevas metodologías traídas por especialistas norteamericanos, franceses, británicos y alemanes que colaboraron con arqueólogos españoles, sembrando la semilla de un nuevo período que cristalizó en los años de la transición (1975-1980). Precisamente, fue a comienzos de los años ochenta cuando una generación de especialistas, en su mayor parte formados en el extranjero, crearon o institucionalizaron los primeros laboratorios y grupos de investigación dedicados a subdisciplinas concretas (arqueozoología, palinología, traceología, etc.) en distintas Universidades y en el seno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Esta década es descrita como una fase de expansión y consolidación que, en parte, contrasta con los años noventa por la dificultad que muchos investigadores tuvieron para conseguir puestos en el ámbito académico y consolidar sus carreras investigadoras en diferentes campos. En el texto se señala que a partir de comienzos del siglo XXI «lo que se consideraba científico o interdisciplinar ya se ha convertido en un elemento normal de nuestra práctica diaria» como arqueólogos. Sin duda, este recorrido está bien documentado, aunque puede resultar un poco desequilibrado porque ha centrado esencialmente sus esfuerzos en el tiempo que transcurre desde los años sesenta del siglo XX hasta la actualidad, siendo menos detallado en los momentos anteriores.

Para terminar, en las conclusiones del último capítulo del libro, Margarita Díaz-Andreu y Marta Portillo establecen una clara distinción entre lo que sucedió antes y después de 1975. Algunos de los datos que sostienen de lo acontecido tras esta frontera temporal son incuestionables, tales como los referidos al número de investigadores españoles dedicados a tareas calificadas de interdisciplinares, el volumen de mujeres que se han incorporado al desarrollo de estas, o la cantidad de estudiantes que se benefician de estancias en el extranjero gracias a diferentes programas de formación pre y postdoctorales. Sin embargo, otras afirmaciones pueden ser cuestionables. La suposición de que antes de mediados de los años setenta del siglo XX el papel de los extranjeros que trabajan en España es crucial, y de que con posterioridad pasa a ser más secundario e, incluso, la afirmación de que España se ha convertido en un polo de atracción para el talento de otros países, resulta problemática. Cabe preguntarse si, más allá de casos concretos, la gran potencia de algunos grupos de

investigación y laboratorios de países con una mayor tradición en determinado tipo de análisis (dataciones, ADN, biomarcadores etc.) es comparable en recursos y masa crítica a la de nuestras instituciones nacionales.

En cualquier caso, este libro no sólo resulta de enorme trascendencia por las cuestiones que resuelve, sino también por las vías de investigación futuras que abre. Sin duda, su lectura resulta esclarecedora en muchas ocasiones y muy estimulante en otras.

Eduardo Palacio Pérez

Conservador de Cuevas Prehistóricas, Consejería de Igualdad, Universidades, Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria, Cuevas de Monte Castillo, Puente Viesgo.